



BERR

Maruxa Duart Herrero



educàlia

Autora: Maruxa Duart Herrero
Diseño de la cubierta: M^a José Parra Barbero
Ilustraciones interiores: Sabina Requena Oltra
Maquetación: Patricia Penavella Soto
Edita: Educàlia Editorial, S.L.
Imprime: Publidisa, S.A.
ISBN: 978-84-15161-16-5
Depòsit Legal: V-1532-2011

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiéndose al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/18987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas

Educàlia Editorial

C/ Av. de las Jacarandas, 2, loft 327 - 46100 Burjassot
Tels. 960 624 309 - 963 768 542 - 610 900 111
educalia@e-ducalia.com
<http://www.e-ducalia.com/>

Berr

Maruxa Duart Herrero



A Roberto y Aitana

Colección de bolsillo. Teatro

1ª PARTE

La escena se desarrolla en la habitación de un preadolescente. En el escenario, dos espacios, que se utilizan de habitación y salón separados por cuerdas y papel continuo. Se encuentra bastante ordenada. El ordenador ocupa un lugar importante. Percha con abrigo, gorra y guantes. Una tabla de madera con ruedas para saltar, libros en estantería, encima de la mesa y de la cama. La habitación se encuentra junto al salón, decorada con gusto entre blancos. Berr, nuestro protagonista, no quiere ir al colegio. Alicates, es el mote de un niño llamado Pablo, que le ha dicho que su padre es un muerto de hambre, y que el suyo les va a quitar la casa

donde viven para construir unas viviendas como Dios manda.

Berr es un crío sensible, amable, tímido y generoso, que habla poco, de salidas graciosas, aunque éstas pueden ser sorprendentes cuando se cansa de que se metan con él. No saben que oye voces porque, cuando tenía dos años, se le cayó un armario encima y desde entonces vive con ellas. Por ese motivo, los padres de Berr se preocupan por él, discuten y se ponen tristes por miedo a que Berr tenga más problemas que otros en esta vida, y a veces le consienten demasiado.

A veces con sus padres se pasa un pelo cuando paga su malhumor con ellos. Su madre lleva dos días preocupada porque piensa que algo le pasa; conoce a su hijo y sabe que es un poco especial y plato preferido de algunos. En el colegio, no pueden evitar las reverencias ante los padres, influencias y

dinero de Alicates, mientras que Berr pasa a un segundo, quinto o veinteavo puesto. Golpes en la puerta.

MADRE: ¡Pam, Pam! ¿Puedes abrirme la puerta, Berr? No has cenado nada.

BERR: No, déjame tranquilo.

MADRE: Esas no son maneras de hablar a tu madre ¡Abre la puerta!

BERR: ¡Ni hablar, déjame en paz!

MADRE: ¡Te he dicho que me abras la puerta y no contestes de esa manera!

BERR: ¡Vale!... Lo siento...¡Ya voy!.

Berr espera un poco. Sale a un comedor, percibiendo por el rabillo del ojo el enfado y preocupación de su madre, que como siempre, da palos de ciega y no se entera de nada; y del careto de su padre, periódico en mano, que parece decir: -¡sé que necesitas tu espacio; seguro que no es para tanto, tómate tu tiempo, hijo!-

La madre de Berr procura mantener su preocupación a raya; para eso, cuenta hasta cinco y respira profundamente muchas veces. Cree que el padre de Berr no la ayuda lo suficiente.

MADRE: ¿Podemos hablar? Cuando te pones así no sé cómo ayudarte, no soy tu enemiga, soy tu madre.

Berr no se atreve a contestar a sus padres. Realmente se siente enojado y alterado con Alicates, pero también consigo mismo, porque no sabe qué hacer con la información que le ha proporcionado. Se da cuenta de sus altibajos, este es un momento bajo y se arrepiente de haber hablado con tanta dureza a su madre.

BERR: Lo siento mamá. -Lanza sus brazos contra el cuello de su madre que lo abraza

mientras le caen algunas lágrimas-. Siento haberte hablado así; de verdad, mamá, lo siento.

MADRE: Está bien, de acuerdo, lo sé. Sé que lo sientes, pero también que te pasa algo. *-Mira al padre de Berr-*. Pero no insistiré, voy a dejarte tu tiempo para que me cuentes lo que te pasa; pero, por favor, no tardes mucho.

BERR: Gracias mamá. No me pasa nada grave no te preocupes. Me voy a la cama.

MADRE Y PADRE: *-Con cara de no tenerlas claras-*. Buenas noches.

BERR: *-Con cabeza y voz bajas, sale del comedor en dirección a su cuarto-*. Buenas noches.

Berr se acuesta en su cama, de malhumor y sin ganas de nada. Un tipo como Alicates con tantos amigos y con un padre

con tanta pasta, no podía estar triste ni tener problemas, sino tener a todo el mundo a sus pies. Pero intuye que las cosas no funcionan así.

No puede hablar a sus padres del colegio ni de Alicates. Su mirada perdida y aburrida se fija sobre una especie de lagartija gigante con cara de tiburón, larga cola y patas. Parece una criatura sacada de un cuadro del Bosco; hace amagos para entrar en su habitación, su nombre es Grung.

GRUNG: ¡Eh, pstt, psttt!

BERR: ¿Es a mí?

GRUNG: Me presentaré. Soy una de las criaturas que habitan en tu cabeza. A mí tampoco me gusta ese Alicates. Yo le odio y tú deberías odiarlo profundamente por lo que te hace.

Berr no sabe lo que significa odiar y no entiende como un animalillo semejante puede sentir odio. No cree que alguien se pueda sentir bien odiando y lo mira algo desconfiado y con cautela.

Se cierran las cortinas y, al descorrerlas, aparece un telón de fondo en el que se ve dibujado un tren y gente despidiéndose en el andén.

GRUNG: ¡No te mosquees hombre, es una manera de hablar! Te mostraré algo. Hace un siglo más o menos, en una ciudad como la tuya, hombres y mujeres se despedían en una estación de trenes. Muchos de ellos no volvieron a verse nunca. Mira allí abajo ¿Los ves?

Berr ve, en efecto, una mujer con un pañuelo atado debajo del cuello que abraza

a un hombre y llora al despedirlo.

El hombre se inclina y su sombrero descubre un gato de papel debajo que queda al descubierto. Sonríe a la mujer y quita dramatismo a la despedida. A su lado, muchas mujeres y hombres se despiden o esperan. El gato de papel pasa ahora a las manos de un chaval preadolescente, luego a las de su abuelo, a una niña, y a su padre.

GRUNG: Es por la guerra, es por eso que se despiden, lloran y demás. *-Señala una calle en la esquina derecha del tren.-* Fíjate en esa abuelita y su hija y síguelas a través de esa calle-escalera de paredes angostas y estrechas de ahí.

BERR: ¿Dónde van?

GRUNG: A ningún sitio.

BERR: ¿No saben dónde van?

GRUNG: Nadie lo sabe. Pero en este caso, ellas se han perdido para siempre a no ser

que alguien como tú las rescate. No han podido despedir al tren, así que no van a ningún sitio. Están atrapadas, no pueden ir ni tampoco volver.

BERR: Pero, si dices que eso ocurrió hace casi un siglo, ¿qué tiene que ver todo esto con Alicates?

GRUNG: *-Con cara de no saber si ha de decir lo que al final dice, suelta-*. Esa niña es tu bisabuela, y la anciana, tu tatar... tatar... tatarabuela. El abuelo de Alicates fue uno de los que se hicieron ricos en esa guerra, vendiendo armas y ocasionando muchas muertes. A veces, pasa que sale alguien así.

BERR: *-Con cara de pasmo y los ojos muy abiertos-* ¿Dices que mi bis...y tatarabuela... y que el tatarabuelo de Alicates fue el responsable de que desaparecieran? ¿Pero, cómo?

GRUNG: Más o menos... Todo a su tiempo; de momento, sólo has de saber lo que te cuento;

ten paciencia. Aunque puedo adelantarte que...

Berr está obsesionado con Alicates; siente una especie de miedo e idealización hacia la persona que lo trata tan despiadadamente.

BERR: Vaya. Somos una familia de perdedores, ¿no es cierto?

GRUNG: No digas tonterías; si quieres verlo así eres más idiota y pesimista de lo que pensaba. Mira de nuevo en dirección al tren. Fíjate en ese hombre de unos treinta años, el del pequeño sombrero que se cubre del sol con la mano. El que busca a alguien. ¿Lo ves?

BERR: Sí, me resulta familiar.

GRUNG: Claro, como que ese hombre es tu bisabuelo. ¡Sígueme, quiero presentarte a alguien! ¿Ves aquella balsa de aguas

verdes? Llama a una de tus voces para que nos succione hasta el otro lado. Allí nos espera una ciudad de arena. Verás un castillo en forma de búho de donde saldrá humo y cientos de pájaros extraños. Observarás que todos los edificios tienen la forma de esos pájaros excepto los que albergan las casas-cueva, en la vertiente oeste de la montaña. Después, escala la alta muralla por la escalera de caracol; escucharás los golpes de los sucios perforadores llenos de hollín; el dueño de la Montaña Búho querrá matarte, pero para entonces procuraré estar allí.

Se cierran cortinas. Aparece el telón. Al fondo, con la ciudad montaña castillo en forma de búho.

Berr sigue las indicaciones de Grung; se acerca a la piscina, que le atrapa succionándole a través de una onda expansiva en espiral hasta el otro lado y se presenta

ante un hombre pequeño de gran tripa y pies pequeños, que grita al verlo. Aparece alguien más con la mano al frente.

DUEÑO DE LA MONTAÑA BÚHO:
¿Quién es ese? ¡Que lo cuelguen! ¡Mejor aún, servírmelo! Tiene buen aspecto, su grasita me vendrá bien; por aquí, no hay cosa mejor que comer.

Dos perforadores y un guarda cogen a Berr por las axilas y lo enmudecen con esparadrapo. El tiburón cola de zorro y patas de cangrejo, es decir, Grung, hace acto de presencia en el momento en que Berr se halla maniatado y asfixiado por el fuego como un cerdo, en una caña, para ser asado y cocinado para el dueño de la Montaña Búho.

GRUNG: ¡Alto! ¡Detente! No puedes... Este niño es.... Hhonnou9sffsss.



*Susurra al oído del dueño de la Montaña
Búho de arena. Aunque a continuación...*

EL DUEÑO DE LA MONTAÑA BÚHO:

-Corriendo de acá para allá y con malos modales le grita.- ¡Aquí no cabemos ni tenemos sitio para nadie! -Y a su guardia:- ¡Emparedadlo!

Berr mira a su amigo.

BERR: ¿Por qué la toma conmigo?

GROUNG: Porque tú tienes que ver con el tren que no llegó, llega, ni llegará a la Montaña Búho y está enfadado contigo.

BERR: Pero...

En ese momento, el dueño de la Montaña Búho se olvida de Berr; da un silbido y aparece en escena la orquesta caracol con el hombre trompeta al mando de la dirección, nueve caracolas de cola morada, dos cangrejos violines, una ostra tamboril y una fila de caracoles piano que inician la partitura de las Cuatro Estaciones de Vivaldi ante el desconcierto de Berr.

